

PABLO GARCÍA BAENA

Un navío cargado de palomas y especias (Antología)

Selección , notas y estudio preliminar de Guillermo Carnero

Sevilla, Junta de Andalucía & Centro Andaluz de las Letras, 2018

Estudio preliminar, páginas 9 a 18: “Un asunto de familia”:

El día 8 de noviembre de 2016 la Fundación José Manuel Lara organizó, en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, un coloquio entre Pablo García Baena, Jacobo Cortines y yo ¹. El tema era la significación del grupo Cántico en el panorama poético español desde el momento de su aparición hasta hoy. Extracto una parte de lo que allí se dijo; la versión íntegra puede leerse en el número de otoño de 2017 de la revista *Campo de Agramante* ², que publica la Fundación Caballero Bonald.

Una de las primeras preguntas que Jacobo Cortines formuló a Pablo fue “cuándo empezó a detectar que las cosas estaban cambiando en poesía en la década de los 60”. Pablo recordó que en el prólogo de su antología *Nueva poesía española*, aparecida en 1970, Enrique Martín Pardo citaba Cántico ³ como precursor de la búsqueda de nuevos caminos que unía a los poetas (Antonio Carvajal, Antonio Colinas, Pedro Gimferrer, José Luis Jover, Jaime Siles y yo mismo) por él seleccionados:

A ellos se les debe uno de los intentos más serios de revitalización de nuestra lírica, que entronca con Aleixandre, Lorca, Cernuda, el grupo de la revista *Cántico* de Córdoba, del que cabe destacar a Ricardo Molina y Pablo García Baena.

Un cambio de rumbo que se cifró aquel mismo año en la célebre antología *Nueve novísimos poetas españoles*, de José María Castellet ⁴. Poco después – siguió Pablo – uno de aquellos “novísimos”, yo mismo, apareció por su tienda de antigüedades y artes decorativas, *El Baúl*, en Torremolinos. Mi viaje, como Pablo recordaba, tuvo el propósito de reunir documentos destinados a la memoria de licenciatura que en 1975 presenté, en la Universidad de Barcelona y bajo la dirección de José Manuel Blecua,

¹ Aunque un accidente de última hora impidió a Pablo encontrarse en persona en el acto, dispuso con mucha antelación de las preguntas que iba a formularle Jacobo Cortines, y sus respuestas, dictadas por teléfono, fueron leídas por Juan Lamillar.

² “Encuentro con Pablo García Baena”, *Campo de Agramante* 27 (2017), 5-17.

³ Enrique Martín Pardo (ed.). *Nueva poesía española*, Madrid, Scorpio, 1970, 17.

⁴ José María Castellet (ed.). *Nueve novísimos poetas españoles*, Barcelona, Barral Editores, 1970.

y que fue publicada en 1976 con el título de *El grupo Cántico de Córdoba: un episodio clave de la historia de la poesía española de posguerra*⁵.

Ese libro, aunque yo entonces lo ignoraba, iba a deshacer un equívoco, y enmendar un agravio que Pablo García Baena había formulado un par de años antes, en la ponencia que presentó en el encuentro *Poesía. Reunión de Málaga de 1974*⁶. En ese texto, después de aludir al hiato que se produce en las publicaciones de los poetas de Cántico a partir de fines de la década de los años 50, atribuyéndolo a la falta de atención de que fueron víctimas, Pablo escribe:

Pero un día “Cántico” volvió a sonar. La poesía había vuelto a sus cauces; los jóvenes poetas sentían una curiosidad ilimitada por “Cántico” y sus nombres. Y en Cataluña, los poetas de Infame Turba, los venecianos, los de la Generación del Sándalo, tratarán de apropiarse exquisiteces e innovaciones propias, ya llevadas adelante por “Cántico”, por la escuela cordobesa hacía veinte años. ¡Qué más daba! La poesía, brillante y cegadora como una antorcha, va de una mano en otra mano, dando su inextinguible llamarada total para todos.

En ese texto, los títulos de libro van en cursiva, y los de revista entre comillas; la expresión Infame Turba no lleva ni lo uno ni lo otro. Se trata de parte del verso 39º de la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora, que sirvió de título al libro de Federico Campbell, *Infame turba*, publicado en Barcelona en 1971⁷ y consistente en una serie de entrevistas a 26 escritores del momento, 8 de los cuales (Leopoldo M^a Panero, Ana M^a Moix, yo mismo, Vicente Molina Foix, Pere Gimferrer, Félix de Azúa, Manuel Vázquez Montalbán, Antonio Martínez Sarrión) vivíamos entonces en Barcelona, y habíamos aparecido el año anterior en *Nueve novísimos*. Cabe incluso la posibilidad de que las primeras obras completas de Pablo se recopilaran y publicaran en 1975 para documentar una prioridad cuyo reconocimiento se creyera en peligro.

⁵ Guillermo Carnero. *El grupo Cántico de Córdoba: un episodio clave de la historia de la poesía española de posguerra*, Madrid, Editora Nacional, 1976.

⁶ Málaga, Diputación Provincial, Instituto de Cultura, 1976, 2 vols. Viene recogida en Pablo García Baena. *Lectivo*, Jerez de la Frontera, Ayuntamiento, 1983, 88-108. El párrafo citado, en página 108.

⁷ Barcelona, Lumen, 1971. Tuvo una segunda edición en 1994.

Cuando Pablo reedita esa ponencia en 2007 ⁸, el párrafo antes citado se convierte en éste:

Pero un día *Cántico* volvió a sonar. La poesía había vuelto a sus cauces; los jóvenes poetas sentían una curiosidad ilimitada por *Cántico* y sus nombres: así la poesía, brillante y cegadora como una antorcha, va de una mano en otra mano, dando su inextinguible llamarada total para todos.

La herida, que sin duda contribuyó a abrir el “Homenaje” de 1972 de Alfonso Canales que cito más abajo, se había cerrado. Con la lectura y defensa de mi “tesina” o memoria de licenciatura sobre *Cántico* obtuve ese grado el 25 de Junio de 1975, en la Universidad Central de Barcelona. En noviembre está fechada por Pablo la dedicatoria autógrafa del ejemplar que me envió de sus primeras obras completas, el volumen titulado *Poemas* (1946-1961), publicado aquel mismo año 1975, al cuidado de Bernabé Fernández-Canivell, por el Ateneo de Málaga, y que salió de imprenta, según su colofón, el 5 de Agosto. Dice así:

Para Guillermo Carnero, alta lumbre poética, por su amistad, por su fervor por “*Cántico*”, estos *Poemas* 1946-1961 ofrece P. García Baena. Noviembre 1975.

Pero volvamos al encuentro sevillano de 2016. Cuando a continuación me preguntó Jacobo qué me había llevado a interesarme por *Cántico*, le contesté que mi iniciación a la poesía se la debí, siendo un muchacho, a Rubén Darío, que despertó mi imaginación porque “me hacía ir al diccionario a buscar palabras desconocidas, personajes mitológicos, datos de culturas exóticas”, además de tener “una musicalidad muy variada y a veces insólita y sorprendente, en la que sin duda me eduqué también el oído”. Luego, seguí, empecé a bucear, como entonces todos los aprendices de poeta, en la colección *Adonáis*. En un viaje a Madrid, en 1964, compré *Antiguo muchacho* de Pablo García Baena, que se había publicado en 1950. En el ejemplar anoté la fecha: abril de 1964.

En septiembre de 1964 me trasladé a Barcelona para cursar la licenciatura de Ciencias Económicas, y allí, en la delegación del FCE de Méjico, pude comprar, el 2 de julio de 1965 y en la semiclandestinidad, porque no se podía exhibir en las librerías, la 4^a edición (1965) de *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda, donde se recoge su último libro,

⁸ *Selva varia [Sobre poesía y poetas]*, Benalmádena, E.D.A. Libros, 2007, edición de Francisco Ruiz Noguera & Francisco Javier Torres, 95-100; lo citado en página 100.

Desolación de la quimera (1962). La asociación fue inmediata, y luego supe que los poetas de *Cántico* habían sido devotos de Cernuda hasta el punto de dedicarle un número extraordinario de su revista. Poco después, aunque el ejemplar no lleva fecha, debí de comprar en la Librería Francesa de Barcelona la antología bilingüe de Cavafis, en traducción francesa de Jorge Papoutsakis, publicada en 1958. Ya se habían alineado los astros: Rubén Darío – *Cántico* – Cernuda – Cavafis. Ya tenía la inspiración básica – hubo muchas más, claro – para mi primer libro de poemas, que se escribió desde el verano de 1965 al de 1966, y se publicó en febrero de 1967, cuando yo tenía diecinueve años, no veinte.

Volviendo a la pregunta de Jacobo Cortines, resumí así lo que podría considerarse mi iniciación a la poesía: “Lo que aprendí de ese *pedigree* fueron cosas esenciales: la riqueza y la musicalidad del lenguaje, y sobre todo el uso del imaginario cultural para la expresión indirecta del yo, más allá de los mensajes doctrinales, las confesiones neorrománticas y las referencias a lo cotidiano y lo contemporáneo”.

En la Barcelona de mis veinte años emprendí, además de la de Ciencias Económicas, la licenciatura de Filología Española, en la Universidad Central, donde tuve de profesor a José Manuel Blecua. Blecua había sido suscriptor de la revista *Cántico*, y siendo un gran experto en el Barroco, es natural que los poetas del grupo le interesaran profundamente: a mí me habló de ellos, no en clase, porque daba Siglo de Oro, sino en los pasillos. Tras muchos detalles que omito, al acabar la licenciatura en Filología presenté en 1975 la memoria de licenciatura o “tesina”, que Blecua me dirigió, y que he citado más arriba. Blecua me prestó ejemplares de la revista, y también Manuel Álvarez Ortega. Hice un viaje a Málaga, Córdoba y Bujalance, y pude reunir documentación abundante y fotografías, que me proporcionaron Pablo, Juan Bernier y Mario López. En 1976 la memoria de licenciatura se publicó, convertida en un libro, que tuvo una segunda edición actualizada y muy ampliada en 2009, en la que incluí en el grupo, como benjamín, a Vicente Núñez ⁹.

Si al indagar en la tradición en lengua española los orígenes ineludibles de la estética “novísima” ¹⁰ y los estímulos que la hicieron posible, se señalara como el más próximo la generación del 27, se estaría olvidando uno más cercano e igualmente decisivo: el grupo *Cántico*. A mi modo de ver, *Cántico* es un eslabón imprescindible para entender la

⁹ Madrid, Visor & Fundación Vicente Núñez, 2009.

¹⁰ Me refiero a una estética que era signo de los tiempos más allá del índice de la antología de 1970.

evolución poética que arranca del Barroco (con ese gran cordobés que fue D. Luis de Góngora), pasa por el Parnaso, el Simbolismo, el Modernismo y la generación del 27 (especialmente Luis Cernuda) y desemboca en la poesía de los años sesenta, con el magisterio que fue (al menos para mí) *Antiguo muchacho* (1950) de Pablo García Baena, libro esencial en sí mismo pero más notable aún por haber precedido en doce años a *Desolación de la quimera* de Luis Cernuda (1962).

Se trata de un legado y una deuda que asumo como propios, sin entrar a considerar coherederos, entre los vivos, a quienes lo sean sin saberlo o no crean serlo; ese es terreno que deberán desbrozar historiadores y críticos que no estén personalmente implicados. En todo caso conviene tener en cuenta un reciente testimonio: la novela *El joven sin alma*¹¹ de Vicente Molina Foix, uno de los incluidos por José María Castellet en *Nueve Novísimos*.

El joven sin alma es una novela sobre la adquisición, por el protagonista-narrador y quienes lo rodean, de experiencia vital y de formación cultural en contacto tanto con la realidad como con la literatura y el cine. El episodio más denso es el tocante al llamado “grupo de los seis”, cinco “novísimos” no meramente aludidos sino mencionados por sus nombres (Pedro Gimferrer, Ana María Moix, Vicente Molina, Leopoldo M^a Panero y yo mismo) más Ramón (luego Terenci) Moix. Ese grupo se reúne a diario, intercambia poemas y comenta clásicos y novedades. La adquisición de experiencia literaria incluye naturalmente la poesía. Vicente cita unos treinta poetas, desde Safo y Horacio hasta Juan Ramón, los surrealistas, el 27, Cavafis, Eliot, Pound, Rilke... También, como era de esperar, el grupo Cántico.

Cuenta Vicente Molina, en página 138 de su novela, una conversación telefónica que él mismo mantuvo con quien llama “el Poeta Fundador” [Pedro Gimferrer], que le aconsejó leer “los poemas blasonados del grupo Cántico” y “el nuevo libro de versos de Vicente Aleixandre, *Retratos con nombre*”. La primera edición de este libro, n^o 10 de la colección El Bardo que publicaba en Barcelona José Batlló, lleva impresa la fecha de Mayo de 1965. Más adelante, en página 224, recuerda Vicente a Leopoldo M^a Panero, a quien acababa de conocer, teniendo Leopoldo “dieciocho años menos cuatro meses aquel Febrero”, y el propio Vicente “diecinueve cumplidos”. Leopoldo había nacido el 16 de junio de 1948, y Vicente el 18 de octubre de 1946. Leopoldo cumpliría así 18 años en junio

¹¹ Vicente Molina Foix. *El joven sin alma. Novela romántica*, Barcelona, Anagrama, 2017.

de 1966, y Vicente había cumplido 19 en octubre de 1965: hechas las cuentas, el febrero que Vicente menciona ha de ser el de 1966. Y a continuación (página 226) escribe, haciendo un símil deportivo: “Nos veíamos todos los días [...] Yo tenía más puntos ganados en casa por mis lecturas de José Asunción Silva y el cordobés grupo Cántico, que a él le sonaban melifluos en el oído”. Es decir, que el testimonio de Vicente Molina, entre mayo de 1965 y febrero de 1966, confirma mi punto de vista acerca de la presencia de *Cántico* entre los novísimos de Barcelona y Madrid ¹².

En este orden de cosas, nos sale también al paso el poema “Homenaje a Pablo García Baena”, citado más arriba, que Alfonso Canales publicó en página 3 del número 304 de *Ínsula* (marzo de 1972):

Antes de que la lámina de plata
entallara su aguzado perfil en la caoba,
antes de que la peste cundiera en Spoleto
y de que Montreux fuera
un rosetón de ópalos lacustres;
antes de que la noche en Venecia
promoviera disturbios de humo azul y alcanfor,
mucho antes incluso
de que muriera Kublai Khan en Barcelona,
había rosas rojas que, en bárbaros esmaltes,
estofaban los corroídos mármoles paganos,
y una música nacía, como lilas trémulas, por las flautas,
e incendiaba, dalia ópima [sic], el ofertorio de las tubas [...]

Canales recuerda los versos 4º y 5º de mi poema “Tras el cerco de Ímola” (“La lámina de plata / entalla su aguzado perfil en la caoba”) ¹³, la última frase de la prosa “El poema del Che” (“La peste había llegado a Spoleto” [sic]) de Leopoldo María Panero ¹⁴, los versos 1º y 2º de “Cascabeles” (“Aquí en Montreux, / rosetón de los ópalos lacustres”), los 44º y 45º de “Oda a Venecia ante el mar de los teatros” (“el aire / promovía disturbios de humo azul y alcanfor”) y el último de “Mazurca en este día” (“Kublai Khan ha muerto”) de Pedro Gimferrer ¹⁵. Los cuatro últimos del fragmento citado del poema de Canales se refieren a la estética distintiva de

¹² Resumo lo expuesto con más detalle en “El baúl de los recuerdos”, *Cuadernos del Sur* (suplemento literario de *Diario de Córdoba*) 14 de octubre de 2017, 7, donde se dice por error que *Antiguo muchacho* apareció en 1956.

¹³ *Dibujo de la Muerte*, Málaga, El Guadalhorce, 1967, 53. *Novísimos* 211.

¹⁴ *Así se fundó Carnaby Street*, Barcelona, Llibres de Sinera, 1970, 29; *Novísimos* 248.

¹⁵ *Arde el mar*, Barcelona, El Bardo, 1966, 12, 14 y 16. *Novísimos* 160, 162.

Cántico, y en concreto a un poema de *Óleo* de Pablo García Baena: “Cántico de los santos en honor de Nuestra Señora de los Dolores de Córdoba”, reproduciendo casi literalmente sus versos 64 a 66 y 80 a 82, que rezan – nunca mejor dicho – como sigue: “Rosas rojas que en bárbaros esmaltes / estofan, venas tibias destilando, / los corroídos mármoles paganos [...] / esa música / que nace como lilas trémulas por las flautas / e incendia, dalia opima, el ofertorio de las tubas...”. Canales acentúa erróneamente *ópimas*, convirtiendo en esdrújulo el adjetivo *opimas*, errata que procede de la primera edición de *Óleo* ¹⁶.

Cabe citar a este respecto el testimonio del propio García Baena. El 1 de julio de 2006, Javier Rodríguez Marcos le dedicó un artículo y una entrevista en *El País* ¹⁷. En el artículo, que también tiene algo de entrevista, la voz de García Baena aparece entrecomillada; reproduzco aquí un fragmento, sustituyendo el entrecomillado por la cursiva:

Éramos muy jóvenes y bastante ingenuos, recuerda García Baena. Tuvimos el apoyo de los tres grandes del 27 que quedaron en España: Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Creíamos que se estaba haciendo algo importante. Después vimos que no. Nos dimos cuenta de que había intención de dejarnos a un lado. Aquello nos desilusionó. Fuimos abandonando [...]. La travesía del desierto terminó en los años setenta, con la aparición de una generación que reivindicó el culturalismo de Cántico: los novísimos. Gimferrer se declaró poco menos que discípulo suyo, Guillermo Carnero publicó un libro que iluminó de nuevo la obra del grupo cordobés, y Luis Antonio de Villena se convirtió en el principal estudioso de la obra de García Baena. [...] El reconocimiento de los jóvenes devolvió la escritura a los poetas de Cántico. Se lo debemos a los novísimos. Si ellos se alimentan de nosotros, nosotros tomamos de ellos ese nuevo espíritu de vida. Vimos que no todo había sido inútil. [...] Casi todos volvimos a publicar, apunta García Baena.

Hubo, en efecto, un notable hiato en las publicaciones de los poetas de Cántico: 24 años en el caso de Julio Aumente (*Los silencios*, 1958; *Por la pendiente oscura*, 1982); 22 en el de Mario López (*Universo de pueblo*, 1960; *Museo simbólico*, 1982); 18 en el de Juan Bernier (*Una voz*

¹⁶ Madrid, Ágora, 1958, 43.

¹⁷ Respectivamente “Cántico, Cernuda, el silencio y la gloria”, y “La poesía es misterio y precisión”. El artículo viene citado dos veces en Pablo García Baena. *Mientras cantan los pájaros. Antología poética (1946-2006)*, ed. Felipe Muriel, Madrid, Cátedra, 2015, 32 n. 43 y 37 n. 54.

cualquiera, 1959; *Poesía en seis tiempos*, 1977). En el caso de Pablo fueron casi 20 (*Óleo*, 1958; *Antes que el tiempo acabe*, 1978), ya que los sonetos de *Almoneda* (1971) fueron escritos entre 1940 y 1961¹⁸, hasta el punto de que uno de ellos, “Soneto a la luna”, había aparecido ya en *Rumor oculto*. Ricardo Molina había muerto en 1968. En cuanto a Vicente Núñez (23 años entre *Los días terrestres*, 1957, y *Poemas ancestrales*, 1980), es difícil decir qué efecto pudo producirle mi libro de 1976, en el que no estaba incluido.

Para terminar este apartado dedicado a las razones y las motivaciones personales, quiero recordar un folleto que en 2010 me publicó la Universidad de Salamanca con el título de *El poeta subterráneo, o mis tres criptomaniestos*¹⁹. En él explico que en mis comienzos como filólogo, ensayista e historiador de la Literatura había estado muy presente, junto a lo que esas actividades implican en el ámbito universitario, un criterio de poeta que reconocía en el pasado literario analogías aplicables a su propia poética:

Mis tres primeros títulos en el ámbito de la investigación universitaria (la *Antología de los poetas prerrománticos españoles*, 1970, y los estudios sobre *Espronceda*, 1974, y sobre *El grupo Cántico*, 1976) estuvieron, en su elección como objeto de trabajo y en su interpretación, determinados en buena parte por los problemas que en aquellos años me planteaba la práctica de la poesía, y tuvieron así una doble naturaleza, en cuanto fueron en cierto modo manifiestos encubiertos.

Dejando a un lado los dos primeros, en esa publicación salmantina de 2010 señalo que la significación *pro domo mea* de mi reivindicación de Cántico en el libro de 1976 quedaba expresa desde su primera página, donde escribí que para mí “el valor histórico” de Cántico y “la razón de su actualidad y su proyección hacia el futuro” estaban en ser el eslabón “entre la gran poesía de anteguerra y los intentos de renovación que tienen lugar desde principios de la séptima década” de aquel siglo XX, y en “haber proclamado la autonomía del lenguaje y negado su reducción al rango de vehículo para otros fines”, con lo cual me estaba refiriendo a los primeros pasos de lo que pocos años antes se había manifestado como “estética

¹⁸ *Almoneda* viene en la primera recopilación de la obra poética de Pablo, cuya portada declara no contener poemas posteriores a 1961: *Poemas (1946-1961)*. *Rumor oculto*. *Mientras cantan los pájaros*. *Antiguo muchacho*. *Junio*. *Óleo*, *Almoneda*, Málaga, Ateneo, 1975.

¹⁹ Para lo que sigue: *El poeta subterráneo o mis tres criptomaniestos*, Salamanca, Universidad, 2010, 8-9 y 26-29.

novísima”, y a las limitaciones que consideraba inherentes a la poesía social y al intimismo confesional directo y primario, es decir, a la herencia neorromántica cuya obsolescencia había aplaudido en el libro de 1974 sobre Espronceda.

En ese libro de 1976 condenaba toda una época, considerándola “un contexto de crispaciones”, desde el tremendismo a la poesía social, y me permitía sobrevolarla con sorna o indiferencia hacia casi todo el Olimpo hispánico. No cabe la menor duda de que algo o mucho de injusticia había en ello, pero es ley y fe de vida de la juventud el ser osada, extremada e injusta, sobre todo en los momentos de ruptura y cambio estético. Militando en ese cambio reservaba mi admiración para el grupo *Cántico* – aunque de hecho, y sin decirlo abiertamente por respeto hacia los vivos, estaba ante todo pensando en Pablo García Baena – debido a las características que entendía configuraban su poética: cuidado extremo de la palabra, neobarroquismo, intimismo culturalista. Decía a ese respecto:

Acaso la característica más relevante de *Cántico* sea la abrumadora presencia de un intimismo que, si bien procede de las emociones y experiencias de la vida cotidiana, se expresa al margen de todo realismo y de todo descriptivismo directo de sensaciones o sucesos. Por esa razón puede aplicársele el calificativo de *culturalista*. Esta manera de expresar el yo lírico será uno de los elementos diferenciadores de la renovación de la poesía castellana a partir de 1960 ²⁰.

²⁰ *El grupo Cántico...* 1976, 41-42.